

Viajes al fondo de uno mismo

De ironía y seducción. Ensayos sobre Kierkegaard

JENNIFER HINCAPIÉ SÁNCHEZ
Universidad de Antioquia, Medellín,
2019, 166 pp.

EL ENSAYO crítico que nos presenta Jennifer Hincapié, doctora en filosofía radicada en México, gira en torno a la novedad filosófica del danés Søren Kierkegaard, en un diálogo en tres tiempos que nos remonta a las fuentes griegas de la ironía socrática, a la época romántica propia de Kierkegaard y, a la vez, nos ofrece un espejo de nuestro propio tiempo, marcado por la incertidumbre, el caos y el malestar en la cultura.

Como Hincapié lo afirma desde el principio, el legado de Kierkegaard ha persistido asociado en buena medida a su mirada crítica sobre los sustentos de la sociedad, y al desplazamiento de la cuestión filosófica, por un lado, de la moral hacia la ética, y por eso el interés que manifestaron en su obra pensadores como Arendt o Sartre; por otro lado, este es el aporte más significativo del libro, asumir las consecuencias de una mirada estética sobre el mundo como puerta de acceso privilegiada hacia el sentido y el sinsentido de la vida.

La ironía no es un simple recurso del lenguaje que suele confundirse en la vida cotidiana con el sarcasmo o la burla casual, sino que en su uso intensivo se transforma en método, en actitud, diría yo, en un gesto ante todo de (des)entendimiento de las cosas. Otro de los aportes principales de este libro es mostrarnos las posibilidades dramáticas (teatrales) del ironista kierkegaardiano como personaje filosófico, y aún más, como personaje literario (de allí también la relación del filósofo danés con sus seudónimos), en el sentido de ser el que interroga nuestra vida, nuestra conciencia, y a través de la negatividad como recurso de contracara, de velamiento de la modernidad, nos incita a pensar de otro modo. En palabras de Hincapié: “[...] lo propio de la ironía es desajustar con su mirada el concepto de realidad, de época o de sociedad” (p. 3).

El libro consta de siete capítulos y una nutrida y elaborada bibliografía

que le permitirá al lector profundizar en aspectos sugestivos de la obra de Kierkegaard, y que se conecta no solo con la filosofía sino también con la literatura de autores como Shakespeare, Barba Jacob, Jorge Guillén, Miguel Hernández, Aldous Huxley, Jorge Manrique, José Emilio Pacheco, Tolstói y Guillermo Valencia. El ensayo nos incita a continuar lecturas que irían más allá de la filosofía, en un terreno más literario, hacia Oscar Wilde, Franz Kafka, Borges, Bolaño y, entre nosotros, Fernando Vallejo y Germán Espinosa, por mencionar algunos. Podríamos agregar que hay además una especie de licencia poética de la ensayista –algo que admiramos y resaltamos– en los escolios que nos va presentando como notas de pie de página que nos abren otras lecturas extensivas de Kierkegaard hacia lo contemporáneo.

Podríamos decir, no obstante, que el libro integra dos grandes partes: una derivada de lo “antiguo”, es decir, de la relación de Kierkegaard con la Grecia clásica, y otra que lo lanza al abismo de la modernidad, y al concepto de subjetividad, eje esencial del estudio de Hincapié. En la primera parte, el lector hallará un recorrido sintético y muy bien explicado sobre la forma de leer y releer de Kierkegaard, ante todo su manera de inventar un nuevo método (que será esencial en autores posteriores como Nietzsche), para pensar en la relación entre filosofía y vida en el sentido más amplio y complejo. Es claro que la filosofía, en el sustrato socrático, se dirige a una interpelación constante del individuo con su quehacer y no solo con la discusión general de conceptos, como a veces suele verse la filosofía. El filósofo, en su búsqueda vital, no solo piensa, ante todo da a pensar. A medida que avanza en su ensayo, Hincapié no elude un problema paradójico que aún nos genera la lectura de Kierkegaard: su relación con la teología. Surgen pues interrogantes que nos dan a pensar, que no se resuelven de manera directa, por ejemplo la cuestión de la razón y la fe, expuesta en torno al concepto de pasión. Para Hincapié:

[...] la idea de pasión que defiende Kierkegaard comporta además una crítica a su propia época, en la que advierte hasta qué punto se ha perdido la pasión, uno de los estados más

elevados del ser humano, reduciéndola al sinsentido de aferrarse demasiado a la vida, porque se anuncia en esta que llegará la muerte. (p. 47)

La segunda parte del libro apunta a la reflexión sobre la estética como escenario de transformación de la filosofía de Kierkegaard, en estrecha relación con los seudónimos inventados por el filósofo. Para Hincapié es claro que ética y estética no son dos dominios independientes de la filosofía y hace un esfuerzo por acercarlos como “correspondencias” (en ese sentido sería muy interesante extender estas reflexiones mucho más hacia la poesía, en particular hacia un gran contemporáneo de Kierkegaard, el poeta francés Baudelaire, quien enfatizó en esta idea). Ahora bien, en el énfasis en el plano estético, mirada singular e incisiva que construye Hincapié, surge la figura del seductor como contrapartida extraña del ironista clásico. Si bien es cierto que en Sócrates hay ciertos elementos propios de la seducción, en la palabra y en los gestos, lo que encontramos en Kierkegaard es una vuelta de tuerca de la palabra filosófica, dirigida más bien hacia lo que Barthes llamaba una “erótica del texto”, tal como lo recuerda Hincapié. La autora profundiza en las grietas de la filosofía clásica y la moderna, y nos sitúa en la conmoción que produce el seductor de Kierkegaard, cargado de una experiencia subjetiva que no solo busca llegar a la verdad, como en Sócrates, sino que sugiere espacios de incertidumbre, indecisión y alteridad del pensamiento mismo. Para Hincapié:

[...] la seducción reside en el hecho de que lo que llega del exterior trae una fuerza que perturba el ser interior y lo conmueve, en tanto que la sensualidad le impide aparecer como roca insensible: captada su atención, vuelta la mirada y afinado el oído, se reconoce que algo resuena en el ambiente; algo transmite una inquietud que conmociona el cuerpo, lo perturba y lo seduce. (p. 107)

Sin embargo, hay un elemento que queda abierto a la discusión en el diálogo que elabora Hincapié entre lo clásico y lo moderno, entre ética y estética: al referirse al término “transferencia”, quizá orientado subterráneamente

por el psicoanálisis (aunque no aparece explícitamente esbozado en el ensayo, solo una breve mención a un diccionario de psicoanálisis), surgen preguntas varias sobre la connotación de dicha transferencia (¿unívoca?) entre mundos y dimensiones inevitablemente disímiles. La transferencia en el psicoanálisis no es solo el pasaje hacia la comprensión o clarificación de algo (por lo general de un trauma) sino sobre todo la dificultad de asumir la carga, la pena incluso, del origen; en otras palabras, no se transfiere algo de un lugar a otro de la conciencia, sino que ante todo se experimenta la imposibilidad de nombrar completamente aquello “olvidado” o “desplazado” por la conciencia, a través del trabajo en/con el inconsciente. La manera como trata de resolverlo Hincapié parece muy tímida y daría para escribir un segundo libro sobre el tema, en torno a lo que ella llama someramente “arrobamiento erótico” (p. 128).

Por último, quisiéramos resaltar que este trabajo se une a la larga lista de publicaciones del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia, con una larga tradición que fortalece los estudios de la disciplina en Colombia.

Alberto Bejarano